

lo soy, pero en ese particular tengo de mi parte algunas brillantes capacidades. ¿Pues qué? ¿Será preciso que tolere la perversidad del mundo civilizado, que en una parte ensalza á las nubes la república y persigue á los monárquicos, y en otras deprime á los republicanos y proclama como el gobierno mas perfecto la monarquía? ¿Tendré que aprobar y aplaudir el orgullo y la estupidez de los ricos y poderosos, y la bajeza y envidia del pobre y del humilde? Los cuerpos políticos, sea cual fuere su forma, no son mas que un conjunto de pasiones que como en un foco comun se corrompen y descomponen. Los menos malos son aquellos en cuya exterioridad se nota todavía algun vestigio de decoro, y los que menos abiertamente repugnan á la vista, los que son, digamoslo asi, como aquellos montones de sustancias impuras destinadas á fertilizar el campo, cuyo hediondo aspecto suele tal vez disimularse cubriéndolos (a) con algunas verdes ramas.

¿Pero tendremos que decir por última consecuencia que no hay gobierno, y que no hay libertad? ¿Libertad? Hay una libertad deliciosa (b), celestial, la de la naturaleza. ¿Cuál, es pues, esa libertad que nos ponderais como si fuera la suprema dicha? Imposible me sería pintarla: lo mas que puedo hacer es manifestar cómo ejerce su influencia sobre nosotros. Venga el lector á pasar conmigo una noche entre los salvajes del Canadá, tal vez de esa manera me será posible darle una idea de esa especie de libertad. La imagen de semejante noche le aliviará de la penosa sensación que le habrá causado el atravesar el conjunto de miserias que he acinado en esta obra, y sus últimas páginas le dejarán en su muerte un agradable recuerdo. Entonces el lector cerrará el libro sintiendo su espíritu mas tranquilizado y mas dispuesto á distinguir las verdades entre los errores que hay en esta obra de los cuales soy mas capaz que nadie por mi escasez de luces.

CAPITULO LVII Y ULTIMO.

UNA NOCHE ENTRE LOS SALVAJES DE AMÉRICA.

Todo desgraciado trata naturalmente de reproducir ilusiones de ventura trayendo á la memoria la imagen de dichas pasadas. Cuando me siento acosado del fastidio de la vida, cuando mi corazón se contrae por el daño que le causa el trato de los hombres, la mente se aleja espontáneamente de cuanto me rodea en aquellos momentos, y va á refugiarse en la oscuridad de las escenas que ya pasaron. ¡Meditaciones encantadoras! Placeres misteriosos é inefables de un alma que se goza en sí misma; allá en el fondo de las inmensas soledades de América, es en donde he saboreado mas placidamente vuestra consoladora influencia. Todos se jactan de amar la libertad y apenas hay una persona que se haya formado de ella una idea cabal. Cuando en mis viajes por las tribus indias del Canadá dejé atrás las habitaciones europeas y me encontré por primera vez solo en medio de un océano de bosques, y teniendo por decirlo así, la naturaleza prosternada á mis piés, se verificó en mi exterior una extraña revolución. En la especie de delirio que se apoderó de mi alma, me separé de toda senda, iba de un árbol á otro, de aquí para allí, sin seguir ninguna direccion, diciendo para mí: «Aquí no hay carreteras á que sujetarse, ni ciudades, ni casas angostas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes; aquí no hay códigos, no hay hombres. Hombres sí, pero son unos

(a) Perdónese á un emigrado, á un infeliz, á un jóven que cree hallarse en las puertas de la muerte esas fanfarronadas contra la sociedad: ningún mal resultado pueden producir esas amargas quejas, y por otra parte no carecen absolutamente ni de elevacion, ni de generosidad. (N. ED.)

(b) Ya estoy en mi terreno: hagámonos salvajes. (N. ED.)

buenos salvajes (c) que ni hacen caso de mí, ni yo de ellos, y que como yo vagan libremente por donde se les antoja, comen cuando tienen necesidad y duermen cuando les place dormir. Para ver si por último habia yo logrado restablecerme en el pleno ejercicio de mis derechos originales, me entregaba á mil caprichosos actos de la voluntad que hacian desesperar al flemático holandés que me servia de guia, dándole acaso á entender que yo habia perdido el juicio.

Al verme libre del tiránico yugo de la sociedad, comprendí el valor de la independencia de la naturaleza, que excede en mucho á cuantos placeres caben en la imaginacion del hombre civilizado. Entonces comprendí el por qué los salvajes no quieren civilizarse, al paso que muchos Europeos se hacen salvajes, y finalmente, porque el sublime *Discurso sobre la desigualdad de condiciones* es tan poco conocido de la mayor parte de nuestros filósofos. Es increíble lo raquíticas y diminutas que parecen las naciones y sus fórmulas de gobierno: parecióme que veia los pueblos de la tierra con un anteojo inverso, ó mas bien, que habiendo yo mismo tomado colosales proporciones, contemplaba con ojos de gigante los restos de mi raza degenerada.

Vosotros, que tratáis de escribir acerca del hombre, transportaos á los desiertos, vivid algunos dias como hijos de la naturaleza, y entonces, y solo entonces, dejad correr vuestra pluma.

Entre los innumerables gozes que experimenté durante aquellos viajes, uno particularmente me causó vivísima sensación (1).

Pasé a ver la famosa catarata del Niágara atravesando las tribus indias que viven en los desiertos al Oeste de las plantaciones americanas. Eran mis guias el sol, una brújula de bolsillo, y el holandés de que acabo de hablar, el cual entendia perfectamente cinco dialectos del idioma huron. Nuestro equipaje consistia en dos caballos, á los cuales dejabamos andar libres por el bosque durante la noche con sola la precaucion de atarles una campanilla al cuello: por de pronto, tuve temor de perderlos; pero me tranquilizé, porque el holandés me aseguró que aquellos animales por su admirable instinto, no perdian nunca de vista la hoguera que nosotros encendiamos.

Cierta noche, que segun nuestro cálculo no nos hallábamos mas que á siete ú ocho leguas de la catarata, echamos pié á tierra antes de la puesta del sol, y estabamos construyendo nuestra choza y encendiendo nuestra hoguera como los indios, cuando vimos en el

(c) ¡Buenos los salvajes, y se comen á sus vecinos! (N. ED.)

(1) Todo lo que sigue, exceptuando algunas adiciones está sacado de un manuscrito de esos viajes, que ha perecido juntamente con otras muchas obras principadas tales como las tituladas *Cuadros de la naturaleza* y la *Historia de una nacion salvaje del Canadá*, especie de novela, cuyo cuadro enteramente nuevo y las descripciones de asuntos desconocidos de nuestros climas habrian podido merecer la indulgencia del lector. No falta quien se ha dignado tributar alguna alabanza á mi manera de pintar la naturaleza; pero si hubieran leído aquellos diversos pasajes escritos sobre la rodillas entre los mismos salvajes en los bosques y al borde de los lagos de América, me atrevo á presumir que habrian encontrado en ellos cosas mas dignas del público. De todas aquellas obras nada mas me queda que algunas hojas sueltas, entre las cuales se encuentra la descripcion de la *noche* á que se refiere esta nota. Yo estaba destinado á perder durante la revolucion francesa fortuna, parientes, amigos y otra cosa que nunca puede subsanarse, que es el fruto de los trabajos del pensamiento, único bien que acaso nos pertenece exclusivamente.

* Trátase de los *Natches*. Ya he dicho que los primeros ensayos de esa obra habian perecido, pero que en Londres encontré un manuscrito de que me servi para terminarla. He publicado ese manuscrito con el título de *Los Natches* habiendo sacado anteriormente de su texto la *Atala* y *René*. (N. ED.)

mismo bosque el fuego que algunos salvajes acampados en la misma orilla del arroyo en que nos hallábamos, habian encendido. Dirigímonos hácia ellos, y habiéndoles el holandés por orden mia pedido y obtenido en el acto permiso de pasar la noche en su compañía, nos pusimos á hacer la misma faena que ellos hacian. Despues de haber cortado ramas, plantado estacas, arrancado cortezas para cubrir nuestro palacio, y concluido algunos otros trabajos de pública utilidad, cada cual fue dueño de entregarse á sus ocupaciones particulares. Mi guia tuvo cuidado de dar pienso á los caballos y traerme la silla del mio que me venia sirviendo de fiel almohada durante toda la travesía, cosa que el holandés no necesitaba, pues como menos delicado, se acomodaba perfectamente sobre cualquier tronco de árbol. En seguida nos sentamos todos alrededor de una inmensa hoguera con las piernas cruzadas como los sastres, y nos pusimos á tostar las mazorcas de maiz y á preparar nuestra cena. Yo conservaba todavía una botella de aguardiente que contribuyó no poco á dar alegría á los salvajes, y con la cecina de oso que estos tenian en sus provisiones, dimos principio á nuestro regio festin.

Componíase la familia de dos mujeres con dos niños de pecho, y de tres guerreros: dos de estos tenian de cuarenta á cuarenta y cinco años, aunque en realidad parecian tener mas, y el tercero, era un jóven. No tardó en hacerse general la conversacion, aunque yo no podia tomar parte en ella mas que con algunos monoslabos y con abundancia de gestos, expresivo idioma que aquellos pueblos entienden perfectamente, y que yo habia aprendido de ellos. Solo el jóven guardaba un obstinado silencio, no dejándose de mirar ni un solo instante. Distinguíase fácilmente á pesar de las rayas negras, encarnadas y azules, á pesar de sus orejas recortadas y de la perla que colgaba de su nariz la nobleza y sensibilidad que animaban su rostro. ¡Cuánto hubiera apreciado yo su afecto! Parecíame que en el fondo de su alma leia la historia de todos los males con que los europeos han abrumado á su patria.

Los dos niños enteramente desnudos, se habian quedado dormidos á nuestros piés delante del fuego; las madres los cogieron suavemente en sus brazos con aquella ternura maternal que tanto agrada ver en los supuestos salvajes: la conversacion fue apagándose por momentos, y por último, cada cual quedó dormido en el mismo puesto en que se hallaba.

Solo á mí no me fue dable cerrar los ojos: oyendo por todas partes las profundas aspiraciones de mis dormidos compañeros, levanté la cabeza, y apoyándome en el codo, contemplé al rojizo resplandor de la hoguera que se iba extinguiendo, á los indios tendidos en derredor mio, y sepultados en un profundo sueño. Confieso que me costó no poco trabajo retener las lágrimas. Jóven, ¡qué interesante me pareció tu sueño! Tú, que tan sensible te manifestabas á los males de la patria, eras demasiado grande, demasiado superior para tener desconfianza del extranjero. Europeos, ¡qué leccion nos ofrecia aquel espectáculo! Esos mismos salvajes á quienes hemos perseguido á hierro y fuego, á quienes nuestra avaricia no dejaria en todo el continente que antes era su vasto patrimonio una miserable azadonada de tierra con que cubrir sus cadáveres; esos mismos salvajes dan hospitalidad á su enemigo, parten con él su miserable alimento, su lecho jamás visitado por los remordimientos, y duermen á su lado con el sueño del justo. Esas virtudes son tan superiores á nuestras virtudes convencionales, que el alma de aquellos hombres de la naturaleza es superior á la del hombre de la sociedad.

(a) La luna brillaba con claridad en el firmamento.

(a) Aquí principia la descripción de la noche tal como se encuentra en el *Genio del Cristianismo*, lib. v, cap. xii, in-

Exaltado yo con aquellas ideas, me levanté y fui á sentarme al pié de un árbol que extendia sus ramas al borde de un arroyo. Era una noche de aquellas que el humano pincel nunca alcanzará á copiar, y cuyo recuerdo quedó deliciosamente grabado en mi memoria. La luna se hallaba en su apogeo: en los intervalos del firmamento no ocupados por los celajes, brillaban millares de estrellas. Unas veces la luna se velaba en un grupo de nubes que parecian la cima de altos montes coronados de nieve, y luego prolongándose poco á poco se iban desarrollando en forma de zonas diáfanas y ondulaciones de raso blanco, ó se transformaban en ligeros copos de espuma, que por su multitud parecian rebaños de blancas ovejas errantes por las azuladas llanuras de los etéreos espacios. Otras veces la bóveda celeste, parecia haberse trocado en un arenal donde podia distinguirse la superposicion de las capas horizontales, y se distinguian los surcos paralelos trazados por el flujo y reflujo regular del mar: de repente, una ráfaga de viento rasgaba el velo y daba nueva combinacion á los celajes formando al parecer con ellos inmensos bancos de un algodón de una blancura tan resplandeciente y tan suave á la vista, que uno creia tocar su blandura y la elasticidad. No menores encantos ofrecia la escena que pasaba sobre la tierra: la plateada y dulce claridad de la luna, flotaba silenciosamente sobre la cima de los bosques, y penetrando por los intervalos de los árboles, lanzaba torrentes de luz hasta en las mas profundas tinieblas. El arroyuelo que corria á mis piés, se ocultaba á poca distancia bajo la espesura de unas encinas sauces, y unas cañas de azúcar; luego volvia á brillar en un espacio despejado de árboles, reflejando en su clara corriente todas las constelaciones de la noche, de manera, que bien podia ser comparado con una banda de *muaré* azul, salpicada de brillantes, y transversalmente cortada por líneas negras. A la otra parte del riachuelo en una inmensa pradera, la claridad de la luna dormia sin movimiento sobre el cesped, semejante á una vasta pieza de tela blanca extendida en el suelo. Algunos grupos de álamos blancos confusamente esparcidos por aquella llanura, tan pronto se confundian á merced de la brisa con el suelo bañándose en los pálidos resplandores de la luna, como destacándose quedaban sumergidos en la oscuridad, formando como islas de sombras flotantes en medio de un inmóvil océano de luz. Todo en mi alrededor era silencio y reposo no turbado sino por la caída de alguna hoja, alguna repentina ráfaga de viento, ó los gemidos raros y no interrumpidos de un ave nocturna; pero á lo lejos resonaba por intervalos el solemne rumor de la catarata del Niágara que en medio de la calma de la noche se iba propagando de desierto en desierto, y espiraba al través de las selvas solitarias.

La grandeza, y la maravillosa melancolía de aquella escena, no pueden expresarse en términos humanos, ni las noches mas magnificas de Europa alcanzarían á dar una idea de ellas. En vano la imaginacion en medio de nuestros campos cultivados, trata de extenderse; pues por todas partes tropieza con las habitaciones de los hombres; pero en aquellos países desiertos, el alma se complace en esplayarse, en perderse en un océano de eternos bosques; complácese el espíritu en andar errante á la luz de las estrellas por las orillas de los lagos inmensos, en cernerse sobre el estrepitoso abismo de las cataratas, en precipitarse con la masa de las ondas, y por decirlo de una vez, en mezclarse y confundirse con toda aquella naturaleza selvática y sublime.

Aquellos gozes son demasiado vivos: tal es nuestra debilidad, que los placeres muy exquisitos se convier-

titulado *Dos perspectivas de la naturaleza*, comparandó ambas descripciones se verá lo que el gusto me ha hecho suprimir ó añadir á mi segundo trabajo. (N. ED.)

ten en dolores, como si la naturaleza temiera que nos olvidemos de nuestra condicion de hombres. Concentrado en mi propia existencia, ó mas bien dicho, deramado completamente en cuanto habia en torno mio, no teniendo un pensamiento fijo ni una idea distinta, sino solo una inefable é indefinible sensacion muy parecida á la felicidad mental que nos aseguran que gozaremos en la otra vida, fui repentinamente traído al terreno de mi propia flaqueza: empecé á sentirme indispuerto, y conocí que ya era hora de salir de aquella situacion. Regresé pues á mi choza, y acostándome al lado de los salvajes, no tardé en quedar sumergido en un sueño profundo.

Al despertar al dia siguiente, ví que mis compañeros se estaban disponiendo para emprender la marcha. Tambien mi holandés habia ensillado los caballos, los guerreros se habian armado, y las mujeres se ocupaban en reunir el bagaje que consistia en pieles, maiz y cecina de oso. Púseme en pié, y sacando de mi saco de noche un poco de pólvora y algunas balas, tabaco, y una caja de bermellon, regalé á mis generosos huéspedes que al parecer quedaron muy satisfechos de mi generosidad. En seguida nos separamos, no sin dar antes algunas señales de ternura y sentimiento, lo cual expresaban aquellos hombres de la naturaleza tocando nuestras frentes y pecho, ceremonias, que en mi concepto no valen menos que nuestros estudiados cumplimientos. Hasta el jóven indio estrechó cordialmente la mano que yo le presentaba, y por último, nos separamos mutuamente satisfechos. Ellos tomaron el camino hácia el Norte, guiándose por los musgos; y nosotros nos dirigimos hácia el Oeste conducidos por mi brújula. Los tres guerreros dieron el grito de marcha y se pusieron al frente, y las mujeres caminaban detrás de ellos cargadas con el equipaje, llevando ademas los niños envueltos en pieles y colgados de la es-

palda. Seguí largo tiempo con la vista aquella marcha verdaderamente paternal, enterneciéndome con la infantil sonrisa de los niños que de cuando en cuando volvían hácia mí su cabeza como para despedirse, hasta que por último, todos desaparecieron entre los árboles de la selva.

¡Bondadosos salvajes! vosotros que me concedisteis hospitalidad, y que probablemente nunca volveré á ver, séame lícito daros en esta ocasion un tributo de mi agradecimiento. ¡Ojalá el cielo os conceda gozar por largo tiempo vuestra preciosa independencia en esas hermosas soledades en donde mis deseos de que seais felices no cesan un punto de acompañaros! Amigos inseparables, ¿en qué rincón de vuestros inmensos desiertos habitais en la actualidad? ¿Permaneéis siempre unidos y siempre dichosos? ¿Hablais alguna vez del extranjero del bosque? ¿Podeis figuraros en vuestra imaginacion los sitios donde vive? ¿Le consagrais un grato recuerdo cuando os hallais en las orillas de vuestros rios solitarios? Generosa familia, la suerte de aquel extranjero ha cambiado mucho desde aquella noche que pasó en compañía vuestra; pero en medio de todo, se consuela pensando, que en tanto que se ve perseguido por los hombres de su país, se pronuncia aun con ternura su nombre al otro lado de los mares en el fondo de algun ignorado desierto por algunos pobres indios (a).

(a) Con este mismo apóstrofe á los salvajes termina poco mas ó menos *La Atala*, y con él termino tambien este penoso trabajo que mi deber y mi conciencia me impusieron. Me he presentado á la faz de los hombres tal cual fui al principio de mi carrera y tal cual soy al conducirla, juzguenme si es que merezco la pena de que se ocupen de mi persona, en tanto que sobre todos nosotros no viene á caer el juicio supremo que nos ha de dar el puesto que merezcamos. (N. ED.)

NOTA.

REFUTACION DE TODOS LOS CAPÍTULOS PRECEDENTES RELATIVOS AL CULTO CATÓLICO.

(Extracto del Genio del Cristianismo.)

NINGUNA otra religion ha presentado sobre la tierra un sistema semejante de beneficios, de prudencia y de prevision, de fuerza y de dulzura, de leyes morales y de leyes religiosas. Nada hay mas sabiamente arreglado que esos círculos, que partiendo del último beneficiado de aldea se elevan hasta el trono pontificio que se apoya en ellos y los corona. De esta manera la Iglesia por sus diferentes grados, satisfacía nuestras diversas necesidades; artes, letras, ciencias, legislación, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones humanitarias, todos esos magníficos beneficios llegaban hasta nosotros por las categorías superiores de la gerarquía, en tanto que de las inferiores emanaban los detalles de la caridad y la moral hasta las últimas clases del pueblo. Si la Iglesia desde su último escalon hasta el primero, fue pobre en otros tiempos, no consistió sino en que la cristiandad era tan indigente como ella. Mas no pudo exigirse que la Iglesia siguiera siendo pobre, cuando la opulencia se fue extendiendo á su alrededor. Si la Iglesia hubiese subsistido en su estado de pobreza, habria perdido toda su consideracion, y ciertas clases de la sociedad con las que no habria podido tener comunicacion, se hubieran ido substrayendo de su autoridad moral. El jefe de la Iglesia tuvo que ser príncipe para hablar

con los príncipes; los obispos, hallándose nivelados con los poderosos, pudieron instruirlos de sus deberes, y finalmente, los clérigos seculares y regulares, habiéndose sobrepuesto á las necesidades de la vida, pudieron alternar con los ricos, y purificar las costumbres de estos; de manera, que el simple párroco, pudo estar en contacto con el pobre, aliviando con repetidos favores su miseria, y consolándolo por medio de su ejemplo.

»No es esto decir que el mas indigente de los sacerdotes no hubiera podido tambien instruir á los poderosos del mundo y atraerlos á la virtud, sino que no le era tan fácil, como al alto clero, seguirlos al través de las vicisitudes de la vida ni hablarles de un modo que los poderosos hubiesen perfectamente entendido. La misma consideracion de que gozaban dimanaba en parte de las gerarquías superiores de la Iglesia. Por otra parte un gran pueblo debe tener un culto honorable y altares en que el desgraciado pueda encontrar socorro.

»Fijese la atencion en esas corporaciones de caridad, de peregrinos, de la buena muerte, de enterradores, en esos establecimientos para insensatos y para huérfanos; buscad si es que podeis en el largo ca-

tálogo de miserias humanas, una sola enfermedad física ó moral, en cuyo obsequio la religion no haya fundado un oportuno asilo!

»Por lo demás las persecuciones de los romanos contribuyeron por de pronto á poblar las soledades, y luego habiéndose precipitado los bárbaros sobre el imperio, y habiendo destruido todos los vínculos de la sociedad, no les quedó á los hombres mas esperanza que Dios.

No faltará quien diga que habiendo dejado de existir los causas que en otros tiempos dieron origen á la vida monástica, los conventos habian llegado á ser una cosa inútil. Pero ¿cuando han dejado de existir esas causas? ¿Pues qué? ¿Ya no hay huérfanos? ¿no hay enfermos? ¿no hay pobres? ¿no hay viajeros? ¿no hay desgraciados? ¡Ah! Ciertamente es que las calamidades de los siglos bárbaros han desaparecido, pero no lo es menos que la sociedad tan fecunda en crear tormentos, tan ingeniosa en concebir dolores, ha dado márgen á otras mil causas de infortunio que nos aíslan por decirlo así en un mundo de miserias. ¡Qué de pasiones contrariadas, qué de esperanzas malogradas y qué de sinsabores amargos no nos alejan cada dia del círculo de los dichosos! Grato era en aquellos momentos de angustia suprema poderse albergar en un establecimiento religioso y hallar asilo en su callado recinto contra los rudos golpes de la fortuna y las borrascas de su propio corazón.

¿Quién enumerará tus obras, Dios de los cristianos? Do quiera que se vuelva la vista no se ven mas que monumentos de tus beneficios. En las cuatro partes del mundo ha distribuido la religion sus milicias y apostado centinelas de la humanidad. El monge maronita llama con el sonido de dos planchas metálicas suspendidas de la copa de un árbol al extranjero que la noche ha sorprendido entre los precipicios del Líbano: aquel artista pobre é ignorante no sabe otro modo de llamar; el monge abisinio os espera en sus bosques en medio de los tigres y el misionero americano vela por vos en sus inmensas selvas. Si el naufragio os arroja á unas playas desconocidas tal vez á lo lejos vereis la cruz sobre una roca. Desdichado de vos si aquel signo de salvacion no os hace derramar alguna lágrima! Ya estais en país de amigos, ya estais entre cristianos. Sois francés y ellos son españoles, alemanes, tal vez ingleses. ¿Qué importa? ¿no sois todos de la gran familia de Jesu-Cristo? Aquellos extranjeros os reconoceran por hermanos; así os lo asegura aquella piadosa señal que veis á lo lejos. Nunca os han visto y sin embargo lloran de alegría al ver que os habeis salvado de los peligros del desierto.

»Inmensa y sublime idea que convierte en amigo del cristiano de Francia al cristiano de la China, y al monge egipcio en hermano del salvaje neófito! No podemos ya llamarnos extranjeros sobre la tierra, ni podemos extraviarnos en un vasto recinto. Jesu-Cristo nos ha devuelto el patrimonio perdido por el pecado de Adán. ¡Cristiano! ya para tí no hay océano, ni hay desiertos desconocidos: en todas partes encontrarás quien hable el idioma de tus abuelos, y la cabaña de tu padre.

»Dejando la religion á nosotros mismos el cuidado de procurarnos alegrías no se ha ocupado, á manera de una tierna madre, mas que del consuelo de nuestros dolores; pero para esa inmensa y difícil empresa ha querido contar con la cooperacion de todos sus hijos é hijas. A los unos les ha confiado el cuidado de nuestras enfermedades, como lo atestiguan esa multitud de religiosos de ambos sexos dedicados al servicio de los hospitales; y á los otros como á las hermanas de la caridad les ha encomendado los pobres. El reli-

gioso de la redencion se embarca en Marsella ¿adónde va ese fraile con su baston y su breviario? Ese fraile es un conquistador que va á combatir por la humanidad y á extender sus límites: las armas que lleva para vencer en esa lucha son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano corre á desafiarse la peste, el martirio y la esclavitud. Se presenta al dey de Argel y le habla en nombre del rey celeste de quien es embajador. El bárbaro se admira al ver ese europeo que del otro lado del mar se atreve á presentarse solo y á pedir la libertad de los cautivos, vencido por una fuerza desconocida acepta el oro que se le ofrece, y el heroico redentor satisfecho con haber devuelto algunos desgraciados á su patria oscura y desconocida vuelve á pié y humildemente á los claustros de su convento.

»Por todas partes se presenta el mismo espectáculo: el misionero que parte para la China se encuentra en el puerto con el misionero que vuelve glorioso y mutilado del Canadá. La hermana parda (*sœur grise*) corre á socorrer al indigente en su cabaña, el capuchino vuela á apagar el incendio, el hermano hospitalario lava los piés al viajero, el hermano de la buena muerte consuela al agonizante en su lecho, el hermano enterrador lleva á la última morada los despojos mortales del pobre; la hermana de la caridad sube á la mas alta boardilla á prodigar dinero, vestidos y esperanzas, esas hermanas tan justamente llamadas *hijas de Dios*, llevan á donde quiera que hagan falta caldos, hilas y medicinas; la hija del buen pastor alarga su caritativa mano á la mujer perdida y le dice: *Observa que no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el demente un médico y el ignorante un maestro. Todos esos artifices de celestiales obras corren precipitadamente á su tarea animándose unos á otros. Entre tanto la religion atenta al trabajo de sus predilectos y enseñándoles una inmarcesible corona, les dice: «¡Valor, hijos míos! ¡Valor! Anticipaos á los males en la carrera de la vida. Haced por merecer esta corona que os tengo preparada, y que os libertará de todos los males, de todas las necesidades.»

»Ocurria por ventura alguna cosa de aquellas que desgarran el alma, algun asunto de aquellos de que los hombres enemigos de molestias, no se atrevieran á encargarse por miedo de turbar la serenidad de su vida? Allí estaban los hijos del claustro, en particular los P. P. de la órden de San Francisco dispuestos á tomarlo por su cuenta: suponíase que unos hombres que espontáneamente se habian consagrado á la miseria debian ser los herederos forzosos del infortunio. El uno se comprometia á dar á una familia noticia de la pérdida de su fortuna; el otro se encargaba de la dolorosa comision de anunciar la muerte del único hijo: el gran Bourdaloue cumplió no pocas veces con este tristísimo encargo: presentábase silenciosamente delante del desgraciado padre á quien iba á dar la noticia, cruzaba los brazos sobre el pecho, se inclinaba profundamente hácia delante, y se retiraba mudo como la muerte de la que era mensajero.

»Habría quien crea que pudiera ser grato (grato á la manera del mundo) para un franciscano, un carmelita, ó otro de cualquiera órden que fuese el bajar á los calabozos á anunciar su sentencia á un hombre feroz, á oírlo, consolarlo, y á tener durante dias enteros el alma desgarrada con tan desconsoladoras escenas? Alguna vez en medio de esos actos de abnegacion se ha visto caer gota á gota el sudor de la frente de aquellos compasivos religiosos, hasta el punto de mojar la capilla, que bien podia llamarse sagrada desde aquel momento á despecho de todos los sarcasmos de la filosofía: ¿Qué honor, qué provecho resultaba á los P. P. de tales sacrificios no siendo el escarnio del mundo, y las groseras injurias tal vez por parte del

mismo infeliz que tanto se esforzaba en consolar? Mas por lo menos los hombres, por ingratos que fuesen, ya habian confesado su nulidad en esos terribles azares de la vida, puesto que los habian dejado á merced del influjo de la religion, único y verdadero consuelo en el postrer instante del infortunio. ¡Qué catástrofes no habeis presenciado, ó apostol de Jesu-Cristo cuando talvez la sargre, que la destreal del verdugo hacia saltar, salpicaba vuestros labios entreabiertos con la última palabra de esperanza! He aquí uno de los mas sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso estan las dos justicias, la divina y la humana: la una implacable y apoyándose en una espada, está acompañada de la desesperacion; la otra teniendo en la mano un velo empapado de lágrimas, se deja ver entre la piedad y la esperanza: la una tiene por ejecutor un hombre de sangre, la otra ostenta por ministro un hombre de paz: la una condena, la otra absuelve: la una grita á su victima inocente ó culpable: «Muere!» la otra le dice: «Hijo de la inocencia y del arrepentimiento, remóntate al cielo!»

«Esa es una de las grandes y nuevas ideas que no pertenecen sino á la religion cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apostol del Evangelio. Jamás los filósofos antiguos abandonaron el recinto de Academo, ni las delicias de Atenas para volar á impulsos de un afecto sublime á humanizar el salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre ni establecer la concordia y la paz entre naciones enemigas, y esto es precisamente lo que los religiosos cristianos estan haciendo y han hecho continuamente. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los fuegos del trópico, nada puede servir de rémora á su celo. Con los esquimales viven en la odre de piel de vaca marina. Con los groelandeses se alimentan de aceite de ballena; con el tártaro y el iroqués recorren las vastas soledades; cabalgan en el dromedario del árabe; siguen al café por sus abrasados desiertos: el chino, el japonés y el indio se han convertido en neófitos suyos; no hay isla, ni escollo en el océano que haya puesto obstáculos á su fervor. Dícese que faltaban mundos á la ambicion de Alejandro; tierra donde pa-decer en obsequio de la humanidad es lo que falta á la caridad de los héroes de Jesucristo.

«De poco sirve conocer en globo los beneficios que produce el cristianismo; lo que hay que penetrar es el detalle, es el arte con que la religion ha sabido variar sus dones, derramar sus socorros y distribuir sus tesoros, sus remedios y sus luces. Esos detalles, ese ingenio es lo que interesa tener á la vista. La religion á fin de que su benéfica mano pueda penetrar por todas partes ha guardado miramientos con el amor propio, con la delicadeza de sentimientos y hasta con las debilidades. Para nosotros que desde algunos años á esta parte nos estamos ocupando en investigar esas particularidades, son tantos los rasgos de caridad, tan admirables las fundaciones, y tan inconcebibles los sacrificios, que nos inclinamos á creer que en ese solo mérito del cristianismo hay con qué expiar todos los crímenes de los hombres. Culto celestial que nos obliga á tener amor á esa miserable humanidad que lo calunnia.

Para formar desde luego una idea de la inmensidad de los beneficios de la religion conviene considerar la religion como una vasta república, en cuya extension está simultáneamente sucediendo todo lo que sucede en una parte de ella.

«Es preciso considerar que á un tiempo se estan practicando las mismas virtudes y consumando los mismos sacrificios entre doscientos millones de hom-

bres por lo menos; es preciso tener presente que hace ya mil y ochocientos años que existen esas virtudes y que se estan ejerciendo esos mismos actos de caridad. Calcúlese en vista de esto, si es que la imaginacion no se confunde en tan enormes sumas, cual será el número de individuos socorridos é ilustrados por el cristianismo en tantas naciones y durante una tan larga serie de siglos!

«Antes de pasar al exámen de los servicios que la Iglesia ha prestado á la agricultura, recordemos lo que los papas han hecho en beneficio de las ciencias y las bellas artes. Mientras que por toda Europa las órdenes religiosas se dedicaban á la educacion de la juventud, al descubrimiento de manuscritos y á la explicacion de la antigüedad, los pontífices romanos prodigando recompensas y hasta honores del sacerdocio á los sabios, eran el elemento de aquel progreso general hácia la luz. Ciertamente que es muy glorioso para la Iglesia que un papa diese su nombre al siglo en que principió la era de la Europa civilizada, y que surgiendo de en medio de las ruinas de la Grecia, desarrolló las luces del siglo de Alejandro para reflejarlas en el de Luis.

«Muy desacordes estan con los documentos históricos los que representan el cristianismo como oponiéndose al progreso de las luces. Donde quiera que el Evangelio ha penetrado ha traído en pos de sí la civilizacion, muy al contrario de las sectas de Mahoma, de Confucio y de los Brahmás, que han limitado el progreso de la sociedad, y sido causa de que el hombre envejeciera desde su infancia.

«Roma cristiana era como un gran puerto que daba seguridad á todos los restos del naufragio de las artes. ¿Cae Constantinopla en poder de los turcos? al punto abre la Iglesia mil honrosos asilos á los ilustres emigrados de Bizancio y de Atenas. La imprenta proscrita en Francia halla un asilo en Alemania. Los cardenales gastan su fortuna haciendo excavaciones en las ruinas de Grecia y comprando manuscritos. Tan hermoso le pareció el siglo de Leon X al sabio abate Barthelemy que desde luego lo prefirió al de Pericles para el asunto de su grande obra: á la Italia cristiana era á donde queria conducir al moderno Anacarsis.

No dejaron los sucesores de Leon X extinguir esa noble aficion á las obras del talento. Los pacíficos obispos de Roma reunieron en sus casas de campo los preciosos restos de las edades. En el palacio de los Borgias y en el de los Farnesios, podia el viajero admirar las obras maestras de los Praxiteles y los Fidias: pontífices eran los que á precio de oro compraban las estatuas de Hércules y Apolo y otros pontífices procuraban conservar las demasiado insultadas ruinas de la antigüedad cubriéndolas con el manto de la religion. ¿Quién no admirará la piadosa industria de aquel pontífice que colocó imágenes cristianas en los hermosos restos de las Termas de Diocleciano? No existiria el Panteon si no hubiera sido consagrado por el culto de los apóstoles, y no se mantendria en pié la columna trajana si no hubiese sido coronada por la estatua de San Pedro.

«Notábase ese espíritu conservador en todas las órdenes de la Iglesia. En tanto que los despojos del tiempo que adornaban el Vaticano sobrepujaban en riqueza á los antiguos templos, unos pobres frailes protegían en el recinto de sus monasterios las ruinas de las casas de Tibur y de Tusculano acompañando al extranjero por los jardines de Ciceron y de Horacio. Un cartujo le enseñaba el laurel que coronaba con sus ramas la tumba de Virgilio y un papa ceñía en el Capitolio las sienas del Taso con la corona.

En aquella época hacia ya quince siglos que la Iglesia venia protegiendo las ciencias y las artes sin

haberse nunca entibiado su celo. Si en el siglo vin un fraile llamado Alacino enseñó la gramática á Carlo Magno, otro fraile no menos *industrioso y lleno de paciencia* halló el modo de desarrollar los manuscritos de Herculano; si en 740 Gregorio de Tours describió las antigüedades de las Galias, en 1754 el canónigo Mazzochi explicó las tablas legislativas de Heraclea. La mayor parte de los descubrimientos que han cambiado el sistema del mundo civilizado han sido hechos por miembros de la Iglesia. La invencion de la pólvora y del telescopio se deben á un fraile llamado Roger Bacon, aunque no falta quien atribuye el descubrimiento de la primera á otro fraile alemán, cuyo nombre era Bertoldo Schwartz; las bombas fueron inventadas por Galen, obispo de Munter; el diácono Flavio de Givia fue el autor de la brújula; el monge Despina, de los anteojos y Pacífico, arcediano de Verona ó el papa Silvestre II, inventaron la máquina del reloj. ¡Qué de sabios, cuyos nombres hemos mencionado ya en su mayor parte en el curso de esta obra han ilustrado los claustros y dado consideracion á las eminentes cátedras de la Iglesia! ¡Qué de escritores célebres! ¡Qué de distinguidos literatos! ¡Qué de ilustres viajeros, matemáticos, naturalistas, químicos, astrónomos y anticuarios! ¡Qué de oradores famosos, y eminentes hombres de Estado! Hablar de Suger, de Jimenez, de Alberoni, de Richelieu, de Mazarino y de Fleury ¿no equivale á recordar á un mismo tiempo los mas insignes ministros y los hechos mas célebres de la Europa moderna?

«Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana fue para el mundo antiguo, el lazo universal: esa reina de las naciones cumple todas las condiciones de su destino y realmente parece ser la ciudad eterna. Vendrá tal vez un tiempo en que se comprenderá que la institucion del trono pon-

tificio fue una grande idea, una magnífica institucion. El padre espiritual colocado en medio de sus pueblos enlazaba las diversas partes de la cristiandad. ¡Que sublime carácter el de un papa verdaderamente animado del espíritu apostólico! Como pastor general del rebaño puede contener á los fieles en su deber, ó defenderlos de la opresion. Sus Estados al paso que son bastante grandes para asegurarle la independencia, son demasiado pequeños para que á nadie pueda inspirar temor su esfuerzo; no le dejan mas que el poder de la opinion, poder admirable, cuando funda su imperio en obras de paz, de beneficencia y de caridad!

«El mal que incidentalmente hicieron algunos papas, no dignos de serlo, desapareció con ellos; pero nosotros seguimos aun gozando diariamente la influencia de los bienes inmensos é inestimables que el mundo entero debe á la Côte de Roma, que en todos tiempos se ha mostrado superior á su siglo. Cuando todo estaba sumergido en las tinieblas de las instituciones góticas, en Roma se conservaban ideas de legislación y derecho público, y no eran desconocidas las bellas artes, las ciencias ni la política, advirtiendo que lejos de reservarse exclusivamente para sí esos tesoros de luz, los difundia por todas partes para derribar las barreras que las preocupaciones levantaban entre los pueblos, dulcificar las costumbres, disipar la ignorancia y arrancarnos de nuestras groseras y feroces costumbres. Los papas entre nuestros antepasados fueron como unos misioneros de las artes enviados á un pueblo bárbaro, como legisladores en unas hordas de salvajes. «Únicamente el reinado de Carlo Magno, dice Voltaire, presentó algun vislumbre de «finura, que probablemente fue resultado del viaje á «Roma.» (*Genio del Cristianismo*, part. IV, lib. III, cap. III, cap. V, cap. VI; lib. IV, cap. I; lib. VI, capítulo I, cap. VI.)